

COMEDIA

"Es peligroso asomarse al exterior"

Comedia de don Enrique Jardiel Poncela



Una escena del segundo acto en la que intervienen los actores Miguel Gómez, Guadalupe Muñoz Sampedro, Elvira Noriega, José Rivero y José Orjas.

Se produce habitualmente en el público, en torno a las obras de este autor, un fenómeno de autosugestión, no nuevo ni raro, pero que se agudiza en este caso y se complica con notas peculiares e interesantes.

Se viene hablando hace muchos años de humorismo como si fuera fruto de importación desconocido en España; se han dado de él tantas interpretaciones y definiciones, se le ha hecho entroncar tan íntimamente con el absurdo, con la escapada a lo imposible y al franco disparate, que el público, en general, ha llegado a no saber a punto fijo qué cosa es humorismo; pero como se habla de él como de cosa refinada, sutil y exquisita, y, sobre todo, original, y como gran parte de este concepto vago y desconcertado se condensa en el señor Jardiel Poncela, se da en la actitud de percibirlo en todo momento de la obra, aun en lo que no tiene nada de humorístico, de paladearlo, de celebrarlo, con lo que de manera inconsciente hay una callada predisposición al aplauso y al elogio.

Y se elogia y se aplaude tan desde el primer momento, que hay ya como un compromiso, como un anticipo, como una señal que auto-coacciona al espectador, a ese conjunto de espectadores que se individualiza por afinidad y que por inercia continúa en la actitud inicial de aplauso.

Por esto las reacciones de disgusto, de cansancio, de desinterés y de protesta son en las obras de este autor más retardadas y más lentas que de ordinario, aunque el desencanto, la molestia de la equivocación y de sentirse defraudado las haga también más violentas que de ordinario.

Y esto fué lo que sucedió anoche. El conflicto de varios miembros de una familia enamorados de la misma mujer no es nuevo, y muestras recientes tenemos de ello; el exponerlo no en la acción, sino en un prólogo, con honores y proporciones de acto que se desarrolla en diálogo telefónico, aleja toda posibilidad de movimiento y de acción; queda todo encomendado no sólo al diálogo, sino al anticipo de curiosidad

más que de afecto e interés hacia un asunto expuesto ya enteramente; quedaba la acción para ganar al público; intensidad, emoción y todo ello se disuelve en un diálogo largo, parado, en el que se va disolviendo la personalidad que se le asignó a los tipos en los antecedentes. El diálogo adquiere en ocasiones empaque de conferencia nitisonante y engolada, de autoanálisis y de consideraciones sobre el amor; lentitud que se remedia con incidentes subalternos; en otro caso cualquiera se hubieran iniciado las protestas; lo antinatural, lo caprichoso, lo falso, se ha apoderado de la escena, pero todavía se resiste por si acaso aquello fuera humorismo y el no percibirlo fuera losquedad. Un tercer acto indeciso, de reacciones absurdas, de momentos circenses, con demasiadas bofetadas y pescozones, con insistencias, con movimiento inseguro van convenciendo; ya no hay desconcierto en el espectador, el ingenio roza con la zafiedad, todo se apaga, y la protesta que se acentuó ante un bofetón dado a una dama, que reacciona agradecida, la hace más violenta y general, como si el despecho pusiera en ella notas de saña y de venganza.

La obra, aunque dentro de un reparto un tanto extraño y caprichoso, se representó con el cuidado y la pulcritud con que se hace todo en aquella casa. Elvira Noriega, Rivero, la gran Mercedes Sampedro, Orjas, Antonia Plana, lucharon con personajes que los desbordaban, que se le escapaban hacia el absurdo, no sólo interiormente por sus falsas reacciones, sino externamente por lo caprichoso de las situaciones.

Jorge DE LA CUEVA